

Inauguración Oficial del Memorial

Glosa de los profesores G. Arce y E. Sánchez-Villares

J. REVUELTA ALONSO

Pediatra. Torrelavega.

En primer lugar, deseo expresar mi agradecimiento al Comité Organizador por la invitación a participar en este Memorial de tan gratos recuerdos para mi, no sólo por lo que significa: homenaje a estos dos grandes maestros, Arce y Sánchez Villares, verdaderos hitos de obligada referencia en el campo de la pediatría, sino también por la vinculación que siempre he tenido con este Memorial. Recuerdo perfectamente, como si fuera hoy, dónde y cómo se gestó en 1988. En principio con la titularidad del Dr. Arce y posteriormente, tras el fallecimiento de D. Ernesto, pasó a titularse Arce-Sánchez Villares.

El presidente del Comité Organizador del Memorial, Miguel García Fuentes, me ha dado carta blanca; textualmente me dijo: Jaime, habla de lo que quieras y utiliza el tiempo que consideres oportuno. Agradezco la confianza prestada; mi intervención va a ser breve (casi telegráfica).

No me extenderé en la labor profesional y virtudes personales de estos dos insignes maestros, cuyos nombres alguien tuvo el acierto de uncir e institucionalizar, formando una de esas parejas inolvidables de nuestra generación (se cruzaron en Salamanca en 1946 y perduró hasta la muerte de D. Guillermo en 1970). Mi enfoque será vivencial, por tanto muy personal, analizando bajo mi prisma los momentos vividos con ellos, hace un montón de años, en unas circunstancias muy diferentes a las actuales. La evolución, como la misma vida, ha sido brutal en todos los sentidos. Pido un poco de comprensión y paciencia para aguantar mi corto relato.

A pesar de que tenían cualidades comunes: responsables, disciplinados en el trabajo, gran amor a los niños y entrega a sus colaboradores, sus personalidades eran muy diferentes.

Como mi relación con ambos fue muy distinta, las vivencias fueron diferentes. Con D. Guillermo, como de Jefe a MIR, las conversaciones, casi exclusivamente de carácter profesional, breves, pero muy intensas. Con D. Ernesto, al que profesaba gran admiración (ya era yo un consumado pediatra), se estableció una relación humana intensa, siempre bajo la huella imborrable de la amistad.

D. GUILLERMO ARCE

Cariñosamente reconocido como "EL JEFE".

Recordar lo de tantos años atrás, analizando las consecuencias, ha constituido un verdadero psicoanálisis, esfuerzo que ha merecido la pena pues, a través del mismo, encuentra uno las respuestas adecuadas del porqué de algunas cosas.

Como siempre me atrajeron los niños, la elección de la especialidad no fue difícil, como tampoco el lugar donde debía formarme (ventaja de aquellos tiempos). La tríada Arce-Valdecilla-Santander tenía un tremendo tirón. La personalidad de Arce era sobresaliente, deslumbrante, y su prestigiosa Escuela, garantía de buena formación.

En abril de 1955 (sin grandes dificultades), me incorporé a la Escuela de D. Guillermo, en principio en calidad de externo y luego, pasado algún tiempo, como interno de la Casa de Salud Valdecilla.

El primer encuentro con D. Guillermo fue impactante; se celebraba una de las habituales sesiones clínicas. El Jefe, sentado frente a la mesa de exploración, limitado físicamente por el Parkinson que padecía desde hacía 3 años, rodeado de sus colaboradores (Calzada, Gómez Ortiz, Mercilla, etc.), médicos internos de la Casa y del Jardín de Infancia, médicos externos en formación y un buen número de pediatras de la calle, que aprovechaban la oportunidad de enriquecerse profesionalmente. Ese mismo día me di cuenta de lo verde que estaba; mucho tenía que aprender, si quería estar a la altura de los compañeros. Al final de la sesión el Dr. Calzada (mano derecha de D. Guillermo), me presentó al Jefe. De su mirada acogedora me acordaré siempre, el mítico maestro se había hecho presente y tenía acceso a él. ¡Qué fuerte!, como dirían los jóvenes actuales. Todo ello no fue obstáculo para que, cariñosamente, me echara una reprimenda por el ridículo fonendoscopio que llevaba. Los niños se merecen lo mejor, apuntilló. Evidentemente, denoté que, para el Dr. Arce, el cuidado del niño tenía una referencia vital y fundamental.

Desde mi ingreso en el Servicio, fui testigo de excepción de aquellas magníficas sesiones clínicas, con que nos deleitaba el carismático y entrañable D. Guillermo que, junto a su gran personalidad, destacaría su sagacidad clínica y dotes para la docencia. Planteaba las preguntas clave en la discusión, haciendo gala de su capacidad de síntesis. Sabía dinamizar y fortalecer la inquietud de sus discípulos a través de la discusión activa de todos, era enérgico con los avezados, pero indulgente y tolerante con los principiantes.

A los pocos días de mi ingreso, en una de las sesiones clínicas, D. Guillermo se dirigió a mí para que opinara sobre el caso que discutíamos. Sabía que no tenía ni idea, pero insistió en que usara el sentido común y me manifestara. La respuesta no fue muy acertada, pero, la postura positiva del Jefe sirvió para fortalecer mi autoestima, ayudándome a sentirme identificado y gratificado con mi trabajo. Pensé que, bajo la batuta de este gran maestro y el apoyo de sus colaboradores, podía formarme adecuadamente. En la Escuela del Dr. Arce se trabajaban actitudes como: responsabilidad,

disciplina, disponibilidad, investigación y formación continuada, valores que tanto la Escuela como D. Guillermo en persona se empeñaban en transmitir

Aquellos años coincidieron con el azote epidémico de la poliomielitis. Para mí, fue un hecho impactante la muerte de un niño de 2-3 años, precioso, rubio, de ojos azules. Su última noche la pasó en el Pulmón de Acero (desconocido por la mayoría de los aquí presentes, muy grande, horroroso, ocupaba toda una habitación). A su lado sus desconsolados padres y el pediatra interno de turno, que era yo. La interrelación con aquellos padres fue profunda, maravillosa, hablamos de lo humano y lo divino. Al día siguiente coincidiendo con una de las sesiones clínicas, comentamos el caso y el estado deprimente en que nos encontrábamos. La reacción de D. Guillermo, en público, fue contundente: exaltó nuestra profesionalidad, felicitándonos muy efusivamente. Los médicos estamos no sólo para prevenir y curar enfermedades, sino también, para acompañar y ayudar al bien morir. Una vez más su asesoramiento, dirección y apoyo dejaron huella en mi persona, alimentando mi ilusión por la pediatría, donde el niño, verdadero protagonista, nos hace sentir y vivir.

Otro hecho impactante, y con ello acabo mi referencia al Prof. Arce, fue la presentación de un caso clínico peculiar. Se trataba de un niño ingresado en nuestro pabellón de pediatría, estudiado exhaustivamente durante los meses de su permanencia. La recopilación de diagnósticos diferenciales era interminable, casi imposible de añadir nada más (al menos eso era lo que nosotros creíamos), cuando he aquí que D. Guillermo, con la sonrisa en los labios y ante la estupefacción de todos, presentó debidamente documentados cuatro diagnósticos diferenciales más. A pesar de su dificultad en mantener una conversación (siempre eran breves), al finalizar la sesión se dirigió a todos para felicitarnos, sin mencionar en ningún momento el verdadero reto que había supuesto dicha sesión. Nuestra admiración y cariño fue en aumento; todos éramos conscientes del tremendo esfuerzo que D. Guillermo hacía, sabiendo que estaba afecto de una dolencia mortal y atenuado por la irreversible decadencia física, buscaba voluntarioso mantener el diario cumplimiento de sus obligaciones docentes, negándose a sucumbir al cerco que en su vida le imponía la enfermedad y cuidando siempre de mantener una expresión de normalidad.

En la Escuela las afinidades se multiplicaban. Jamás entre sus colaboradores había malos modos, ni malos entendimientos. La norma era de ayuda incondicional entre todos y de admiración al Jefe. La amistad de los colaboradores con D. Guillermo no disminuía con los años, la interrelación era cálida y afectuosa.

La mayoría de los que trabajamos con D. Guillermo tenemos su foto en nuestros despachos, señal inequívoca de la huella de respeto, admiración y cariño que dejó entre nosotros.

D. ERNESTO SÁNCHEZ-VILLARES

D. Ernesto, alumno privilegiado de Arce, siguió la trayectoria de su maestro, demostrando con ello gratitud, admiración y veneración hacia D. Guillermo.

Al igual que otros muchos pediatras, conocía a D. Ernesto por su quehacer profesional. La primera vez que tuve la oportunidad de estar codo a codo con él fue el 9 de marzo de 1985, en Zamora, con motivo de una reunión de la SCALP. Iba yo en calidad de vocal, representando a la Pediatría Extrahospitalaria. En aquel momento esta representación no resultaba bien acogida por alguno de los componentes de la Junta Directiva, que no miraba con buenos ojos la filosofía del grupo al que representaba, manifestándose hostilmente contra nosotros. D. Ernesto se percató de mi malestar ante esta situación y, temiendo que mi respuesta fuera airada, me recomendó serenidad, prudencia y tiempo para aclarar situaciones. De hecho, me sentía tan implicado y dolido que tuve que dar respuesta a todo lo que allí se había dicho. En aquel momento D. Ernesto puso la nota conciliadora y las palabras adecuadas para establecer nuevos caminos de comunicación y disculpar los errores cometidos. Terminado este acto, D. Ernesto me cogió del brazo y hablamos detenida y amigablemente sobre lo sucedido. De este encuentro surgió una empatía y amistad que marcaría los futuros encuentros.

Durante los años en que fui vocal de la SCALP (86-93), como representante de la Pediatría Extrahospitalaria, tuve la dicha de convivir con D. Ernesto, verdadero motor de la Sociedad y del boletín. Era flexible, escuchaba y dejaba introducir nuevas ideas. Evidentemente influyó decisivamente en la Pediatría española. Todo un líder; las sesiones de la

junta directiva de la SCALP con D. Ernesto, una delicia, sus intervenciones oportunas y adecuadas, cambiando muchas veces la orientación inicial de aquello que se llevaba preparado. Algunos se sentían incómodos porque daba la sensación de que siempre terminábamos haciendo lo que él decía pero, ¿quién era capaz de rebatir argumentadamente sus ideas?

En las sesiones era puntual y permanecía hasta el final, siempre tomando notas para participar, evaluando y ponderando a todos.

Amigo de las tertulias, participaba en actividades culturales diversas. Le gustaba estar con sus amigos, hablar y comunicar. Era un conversador brillante, pero no absorbente, sabía dejar espacios huecos para que los demás intervinieran activamente.

Enamorado de la vida, de la infancia y de su profesión, acudía con prontitud allá dónde se le llamara, convirtiéndose en una verdadera "CÁTEDRA ITINERANTE DE PEDIATRÍA". Cantabria, por motivos obvios, era uno de sus lugares preferidos.

Recuerdo con gran satisfacción los paseos vespertinos por el Sardinero hablábamos de todo menos de medicina, las confidencias eran mutuas, éramos Ernesto y Jaime, aunque al principio me costaba tutearle.

Me decía: No olvides, Jaime, que para conseguir algo hay que luchar. No confíes en la suerte, la mayoría de las veces no llega, hay que salir a su encuentro.

Sigo recordando múltiples reflexiones:

- Recordar es vivir, pero vive al día y evoluciona.
- Procura que tus neuronas no descansen pero tampoco las atosigues.
- Uno empieza a envejecer cuando deja de aprender.
- Es necesario aprender a vivir día a día, con el fin, no sólo de añadir años a la vida sino vida a los años.
- No olvides, Jaime, que la amistad es el mejor don que la vida puede darnos pero hay que cultivarla.

La jubilación, que para muchos supone la terminación laboral y social, no lo fue para D. Ernesto, tenía muy claro que su nueva etapa era una continuación de la vida que merecía vivirse. Su generosidad y entrega a los demás no tenía límites. Expresiones tan habituales en las personas mayores, "ya soy mayor para hacer esto" no tenían sentido para él. Esta actitud, tanto personal como profesional, pasaba factura, no sólo a él mismo, sino también a su familia.

Eran muchas las veces que su mujer y sus hijos carecían de su presencia física como esposo y padre, por razones profesionales.

D. Ernesto, que nos dejó el 16 de mayo de 1995, a los 73 años, no envejeció nunca, no sufrió la decadencia de los años, y su mente fue abierta y juvenil en edades en las que es frecuente que se agote. Siempre mantuvo un interés sin límite por todo lo que le rodeaba, defendiendo con energía al niño, del que llegó a convertirse en su principal abogado.

Su ánimo no desfalleció a pesar de ser consciente de la cercanía de su muerte. Se enfrentó al cáncer, con serenidad, dignidad y gran estoicismo, asistiendo hasta muy tarde a obligaciones que podía haber soslayado; su deseo era morir trabajando y sentir de cerca el calor de los suyos y de sus amigos. Siete meses antes de su muerte, nos decía en el séptimo Memorial G. Arce, celebrado en Santander: Me iré, vosotros y yo lo sabemos, pero disimulamos; entre tanto, bueno es recordar.

Soportó con entereza los tratamientos y, mientras pudo, casi hasta el final, quiso mantener el ritmo normal de su vida.

Lo admiré como docente y profesional, pero en los últimos meses nos dio a todos la lección magistral de cómo irse acercando a la muerte sin que desfalleciera el ánimo. Hablar por teléfono con él resultaba sobrecogedor por la serenidad y calidad humana con la que exponía sus propios males. Lo escuchaba sin saber muchas veces qué decir; en ocasiones interrumpía el diálogo, diciéndome: ¿estás ahí, Jaime?

Lloré en su funeral sintiéndome orgulloso del amigo que se había ido. Actualmente sigo notando el vacío de su ausencia.

Como final, quisiera resaltar algunos de los mensajes de estos inolvidables maestros, proféticos en su tiempo, puesto que lo que me transmitieron sirvió entonces, sirve para hoy y servirá para mañana:

- Trabajar disciplinadamente con responsabilidad.
- Atender cálidamente al niño empalizando con la familia.
- Evolucionar, como la vida misma, investigando y aprendiendo.
- Dialogar: no sólo hay que oír sino saber escuchar.
- Estar siempre disponible.